

Sucedió mañana

EL CULTO AL CARGO

POZUELO

LA idea de que el mundo se va a acabar dentro de nada no tiene por qué ser exclusivamente desagradable. Incluso tiene algunos perfiles divertidos. A medida que nos vamos acercando a una fecha profética, la del segundo milenio, parece que van desapareciendo las razones de seguir adelante este viejo y cansado juego de la vida. La mayor parte de los milenaristas tienen un optimismo básico: las profecías —como la de los manuscritos del Mar Muerto— les han dicho que será el momento en que los Hijos de la Luz derrotarán definitivamente a los Hijos de las Tinieblas; es evidente que hay una cantidad considerable de gente que se cree incluida en la legión de los Hijos de la Luz, y esto les hace la idea del fin del mundo naturalmente soportable; quizá no tanto por la posibilidad de gobernar el mundo que se les tiene prometida como por la de acabar a mandoblazos con su vecino: el vecino, casi siempre, es un hijo de las Tinieblas. La filosofía de que sólo puede llegar el bien acompañado por la destrucción de otros, de los «malos», parece universal. Hay, por ejemplo, unos milenaristas en Nueva Guinea que tienen una idea muy concreta de lo que va a ocurrir: son los miembros del «cargo cult». A partir de la fecha indicada —su milenio— los bienes de consumo que llegan por barco —el «cargo»— desde Occidente advendrán de manera estrictamente milagrosa: serán los dioses los que les provean de calculadorcillas y transistores japoneses, tejidos, cámaras fotográficas, alguna herramienta agrícola y revistas ilustradas con señoras desnudas; no tendrán ya nada que pagar por ello. Y, para que la dicha sea completa, todos los que ahora participan en esa llegada del «cargo» y en su venta por piezas —los blancos, los ricos, los comerciantes— morirán. Ese momento será el regocijo final, y los elegidos podrán vivir permanentemente en un paraíso que será como

una enorme ampliación de un bazar. Hay, naturalmente, bastantes posibilidades de análisis de este movimiento. Una de ellas su relación con el Poder; otra, su carácter social. No cabe duda de que es un movimiento de carácter antioccidental. Y se puede ver sobre todo como sospecha. Alguien —algún sacerdote del culto— se está beneficiando del juego de la esperanza. En el Gran Miedo del año Mil se realizaron grandes beneficios por parte de las órdenes religiosas.

Algunos milenaristas españoles de estos días están un poco revueltos. Su preocupación es que para alcanzar el Año Dos Mil faltan todavía diecinueve, y dada su avanzada edad tienen justos temores de no alcanzarlo. El «culto del cargo» es aquí bastante fuerte, aunque dando otro sentido a la palabra, más allá de la mera definición comercial inglesa de *cargo* como cargamento. El cargo es el empleo, el puesto; principalmente, con uso de poder o de gobierno. Hay otra palabra para definirlo que no tiene equivalencia en ningún otro idioma: destino. La identificación de un empleo con un término filosófico-religioso como el de destino, que implica la existencia de una fuerza sobrenatural que rige la suerte individual o colectiva describe de una manera bastante eficaz algo del carácter español en los últimos siglos. El destino, el sino, la estrella, son finalmente un sueldo con derecho a clases pasivas: que no se extinga jamás. Y, a ser posible, transmisible a los descendientes. Algunos de los apocalípticos actuales y nacionales pretenden, sobre todo, una transmisión de destinos. No tanto en lo universal, como proclamaron sus principios de otros tiempos como definición del hombre, sino en lo particular. Como se ve, nada de esto está muy lejos de las ilusiones de los indígenas de Nueva Guinea.

Apremiados, pues, por la edad personal, los milenaristas españoles no

tienen demasiado interés en que las cosas se produzcan naturalmente, mediante la gradación de acontecimientos y señales anunciados en el Libro, sino que parecen tener un lógico interés en adelantar los sucesos y, desde luego, dirigirlos personalmente. Su convencimiento de que ellos mismos son la Legión de los Hijos de la Luz no les ofrece ninguna duda; pero, tal como se van presentando las cosas, podría ocurrir que la Providencia sufriera algunas alteraciones. Ya nada es invulnerable. Podría ocurrir que en la sede de la Providencia, en el Estado inmarcesible donde todo se decide, pudiera penetrar el espíritu de la democracia y, por lo tanto, se dejara de distinguir el Bien y el Mal, o se produjeran equívocos. Una Providencia democrática es un desastre realmente inimaginable: su definición más antigua y más permanente es autocrática, de mando único y decisiones inquebrantables. Pero la capacidad de disimulo y los procedimientos de las fuerzas del Mal no tienen límites; y si se ha visto introducirse la democracia en España nada menos, no hay razón ninguna para no sospechar que pueda introducirse en la sede de la Providencia, que por su bondadosa esencia y su considerable falta de vigilancia es mucho más vulnerable. «Mucho nos da Dios, pero siempre puede dar más de lo que nos dio», dice una antigua frase española recogida por Rodríguez Marín. Se trata de ayudar su buena voluntad «con el mazo dando».

Dando, evidentemente, a alguien; preferentemente en la cabeza. Parece tratarse de que, llegado el momento del Milenio, cada uno elija su Hijo de las Tinieblas y se lo cepille. Habrá evitado de esa manera que se perturbe el cumplimiento del «culto al cargo». Un hijo de las Tinieblas será, sobre todo, aquel que aspire al mismo cargo para él o para sus descendientes; y la señal indudable de su maldad



es que ese cargo no lo haya ocupado antes. Es evidente que la Providencia distingue a sus hijos reales —los de la Luz— con una marca indeleble. Según los distintos lugares del mundo en que se examina esa realidad, la marca es variable. Es indudablemente blanco; generalmente es hombre, y adulto. En algunos lugares se exige ser anglosajón, y en algunos cenáculos ser ario. En España la señal de la elección puede ser un carnet, generalmente una nómina. Hay señales equívocas, porque el enemigo se esfuerza en confundir los signos: por ejemplo, la declaración de Hacienda. Uno de los grandes éxitos de estos días ha sido conseguir que se impida la publicación de estas declaraciones. De su mal básico caben muy pocas dudas, porque la decisión de publicarlas había sido tomada por Fernández Ordóñez, claramente definido como Hijo de las Tinieblas. No puede ser casualidad que el mismo hombre que defiende la publicación de las decla-

raciones de Hacienda sea el que defiende la ley del Divorcio, que está contra el orden natural. También, felizmente, los malos están identificados: ¡el signo de Caín! No hace muchos días que un grupo de Hijos de la Luz que ejercen su trabajo desde dentro mismo del infierno de UCD decidieron que votarían en contra de todo aquello que emanase del Ministro de Justicia; sin duda porque el Ministro de Justicia había llegado a encarnar la Injusticia.

Esta teoría es interesante, porque demuestra en la práctica una de las bases teológicas de los milenaristas: el Mal es indivisible. Se presenta en bloque. El matiz es siempre una trampa tendida por Ahriman. Una prueba esencial es que la democracia es un régimen de matices, un régimen de mezclas y dosificaciones, en el que ha de reconocerse siempre la posibilidad de razón de la oposición y el justo disfrute de sus rarezas por parte de las minorías. Todo lo cual va

contra la ley natural. Sólo esta clase de régimen tramposo puede pensar en legalizar a los comunistas, y en algún caso admitir que hay comunistas buenos y comunistas malos y que Tamames y Carrillo pueden ser dos cosas diferentes. Capaz incluso de admitir que hay una izquierda «no comunista», cuando cualquiera puede saber que esa distinción no está en el orden de la naturaleza.

El orden natural está contenido en un tipo de régimen capaz de desterrar al malo de los bienes de esta tierra y, si es posible, de esta tierra misma. Dejarle beneficiarse de los productos de consumo que llegan en el barco hasta la isla es impedir que algunos de esos bienes de consumo lleguen a los Hijos de la Luz, cuyo premio en esta tierra, y sin duda en la otra, es tenerlos todos. No parece que este tipo de reflexión pueda ser rebatido seriamente, a menos que uno se sitúe deliberadamente en el lado de los hijos de las Tinieblas. ■